

dores de la antigüedad? Tal vez me correspondería hacerlo á mí, hijo de una unidad mejor, de una unidad que salva la razón y la libertad del hombre, fundando la sociedad de los entendimientos; y no obstante, comprendo el pensamiento y los trabajos de estos hombres, que á falta de una luz divina, han hecho cuanto han podido para crear naciones con ideas, única manera de crearlas. Y vosotros, hombres de estos tiempos, que no habeis aprendido mas que á destruir ideas y pueblos, creo que avanzaréis mucho concediendo á los antiguos edificios de la autocracia alguna estimación y alguna consideración.

No obstante, Señores, no vayamos demasiado lejos por represalias. Ni la filosofía racionalista, ni la filosofía autocrática han dado al mundo un verdadero dogma público. Yo veo bien en mí obrar la inmovilidad de las ideas, pero no la inmutabilidad. La una no es la otra. La inmovilidad es una inmutabilidad muerta, mientras que la inmutabilidad es una inmovilidad viva. La una procede de una actividad libre, la otra de una servidumbre inerte é inveterada. Lejos de ser hermanas, marcan los dos extremos de las cosas. Dios es inmutable, la nada es inmóvil; la nada no hace nada, Dios es el actor supremo. ¡ Guardémonos, pues, de confundir la obra de la inmovilidad de las ideas con la obra de su inmutabilidad! La primera es producto de una sentencia forzada, impuesta al espíritu humano, de una razón encadenada por la violencia y el artificio de las instituciones. Falta á las ideas fijas que son su resultado la libre aceptación de la inteligencia; les falta el aire, la luz y la marcha ó movimiento. Sacadlas de la indigna prisión en que las retiene la mano de hierro de la autocracia, y vacilarán á la puerta; y al primer contacto de la discusión caerán desvanecidas, como esos cadáveres que parecen intactos al abrir su sepulcro, y que el menor soplo de una boca viviente convierte en un polvo sin forma y sin recuerdo.

Entre la filosofía racionalista y la filosofía autocrática, ambas impotentes para la grande obra de la unidad de los entendimientos, se coloca como intermedia la filosofía herética, que ha tomado por una parte del racionalismo el elemento de la razón y de la libertad, y de la autocracia un elemento sobrenatural ó que pretende ser sobrenatural. Las tentativas de esta filosofía de justo medio han sido numerosas en el mundo, desde el budhismo indiano, que ha querido modificar el brahmanismo originario, hasta el protestantismo moderno, que se ha adherido á los flancos del catolicismo para devorarlo. Me detengo en este último ejemplo, porque es el mas reciente y tal vez el mas completo.

En el siglo XVI vivía toda Europa bajo el imperio de la doctrina católica, hasta que vino un fraile que juzgó no convenir la unidad de que era espectador. Quiso pues romperla para reconstruir otra, y saliendo del cuerpo vivo cuyo miembro había sido, llevó en sus manos el libro de la ley, el Evangelio de Cristo, para hacer con él la piedra angular de la nueva unidad. El plan era sencillo. ¿No contenía el libro ideas comunes, fundamentales, inmutables, reconocidas y aceptadas libremente por toda Europa? ¿Qué trabajo hubiera costado conservar toda su fuerza para el porvenir, colocándolas bajo la guarda desinteresada de la razón y de la libertad? No obstante, Señores, ya sabeis el resultado y lo que llegó á ser la unidad de los entendimientos en manos de Lutero y de su posteridad. Hoy mismo, después de tres siglos, van á reunirse en Berlín, se reunían ayer en París, y antes de ayer en Londres, para buscar la piedra filosofal de la unidad en el mas espantoso desorden que se ha visto jamás.

¡Triple y terrible prueba! Ni con la razón pura, ni con la autocracia, ni con el medio de la herejía, nadie ha dado en el blanco. Así, Señores, ha comenzado la desesperación, y hemos oído en nuestro siglo á inteligencias, cansadas de toda unidad, proclamar su situación en esta frase tan franca como enérgica: *La división de los entendimientos es nuestro bien*. Sí, ser de sí solo, y todo solo de sí, su principio de actividad intelectual, pensar para sí y por sí, derrocar por la tarde la idea de la mañana, vivir sin maestro y sin discípulos, sin pasado y sin futuro; sí, esta es nuestra fuerza, nuestra gloria, nuestra vida. ¡Atrás quien quiera constituir una sociedad de entendimientos! Toda unidad es un lazo, todo lazo una carga, toda carga una servidumbre, toda servidumbre el colmo del oprobio y de la desgracia. *La división de los entendimientos es nuestro bien*. Ya conoceis, Señores, este lenguaje: él ha sido vuestra cuna; él es tal vez aun vuestro cotidiano alimento. Si así fuese, gozad á vuestro placer del estado que os ha creado. Gozad de la unidad perdida, del placer de comenzar y de concluir en vosotros, de la felicidad de reiros de vuestros padres y ser la mofa de vuestros hijos, de no tener en comun mas que la duda y la anarquía, y en perspectiva mas que la perfección de este sublime estado. Gozaos en él, Señores; pero no obstante, tened cuidado, teneis un enemigo. Mientras os abandonais á la alegría y á la seguridad de vuestra civilización, la autocracia, ese minotauro inmortal que asoma á la puerta de las sociedades su horrible y expectante cabeza, la autocracia vela por vosotros; ella espía con ojos ávidos el progreso



de vuestra felicidad, y llegada la hora, cuando no seais mas que cuerpos, tomará la fusta del Cosaco en la mano, y arrojará delante de sí á esos entendimientos pulverizados que habrán comido su último cemento, y que, incapaces de resistir á la primera unidad soldadesca reunida por un capitan afortunado, entregarán su orgullo á todas las ignominias de una obediencia sin límites, y su inteligencia á todas las brutalidades de un dogma nacido en las oficinas de policía ó en las saturnales de un campo de pretorianos.

¿No hay pues ninguna potestad, ninguna doctrina que sea bastante divina y bastante humana para fundar la sociedad de los entendimientos sin sacrificar la libertad de la razon y los derechos de la libertad? ¿no hay en el mundo ningun dogma público libremente reconocido y aceptado por el pobre, por el rico, el ignorante, el sabio y el erudito? ¡Ah! ¡silencio! ¡oigo á lo lejos y cerca, en el centro de esas paredes, en el fondo de los siglos y de las generaciones, oigo salir voces que solo forman una voz, la voz de los niños, de las vírgenes, de los jóvenes, de los ancianos, de los artistas, de los poetas, de los filósofos, la voz de los tiempos y del espacio, la voz profunda y musical de la unidad! Yo la oigo cantar el cántico de la única sociedad de los entendimientos que hay en el mundo, y repetir, sin haber jamás cesado, esta palabra, la única estable y única consoladora: *Credo in unam, sanctam, catholicam, apostolicam Ecclesiam*. Y yo, que tambien hago esta fiesta, yo, hijo de esta unidad sin rival y sin tacha, canto con todas las demás voces y os repito: *Credo in unam, sanctam, catholicam, apostolicam Ecclesiam*.— ¡Ah! sí, ¡ireo en ella!

Recojámonos, Señores, y veamos si en realidad ha fundado la doctrina católica en la tierra la unidad pública de los entendimientos; porque no debemos caer de cansancio en manos engañosas, fuertes para prometer y débiles para cumplir.

¿Ha dado al mundo la doctrina católica, mas afortunada que el racionalismo, la autocracia y la herejía, ideas inmutables, fundamentales, aceptadas y reconocidas libremente por inteligencias de todas clases y condiciones? Hé aquí la cuestion. He despojado de estos caracteres á la obra de la filosofía racionalista, de la filosofía autocrática y de la filosofía herética, y vosotros sois testigos de que lo he hecho sin amargura y sin hiel, dándoos pruebas palpables para quien haya estudiado la historia solo por espacio de veinte y cuatro horas. Ahora ya no niego, afirmo; la posicion ya no es la misma, porque es fácil negar y difícil afirmar. Acosadme pues, y no dejéis pasar nada.

En primer lugar afirmo que la doctrina católica ha fundado ideas inmutables, es decir, ¡cosa maravillosa! ideas que á pesar de la movilidad del tiempo, á pesar de la inmutabilidad del entendimiento humano, han subsistido siempre, y en las cuales se ve una raíz de perseverancia y de inmortalidad, una raíz tan granítica como fecunda, de suerte que el diamante, que es lo mas duro que existe, nos representa estas ideas inmutables que ha fundado la doctrina católica, sin que su obstinada dureza excluya su movimiento y su florescencia en el universo. ¡Y bien! ¿es esto cierto? ¿Es cierto que la inmutabilidad, sin la que no es mas que una quimera la unidad de los entendimientos, sea un don ó un efecto de la doctrina católica? ¡Qué! despues de mil ochocientos años, todos los doctores y todos los fieles católicos, tantos hombres de tan diversas facultades, nacimientos, pasiones, preocupaciones nacionales, todos esos obispos, todos esos papas, todos esos concilios, todos esos libros, todos esos millones de hombres y de escritos, ¡qué! ¿todos han pensado y dicho siempre una misma cosa? Pero ¿qué es lo que piensan, qué es lo que dicen? Escuchadles; dicen que hay un Dios en tres personas, que ha hecho el cielo y la tierra; que el hombre ha faltado á la ley de la creacion; que está decaido y corrompido hasta la medula de los huesos; que Dios, habiendo tenido piedad de esta corrupcion, envió á la tierra la segunda persona de él mismo; que esta persona se hizo hombre, vivió entre nosotros, y murió en una cruz; que por la sangre de esta cruz ofrecida voluntariamente en sacrificio, nos salvó el Dios-Hombre, que estableció una Iglesia, á la que confió con su palabra, sacramentos que son un manantial de luz, de pureza y de caridad, en que pueden beber la vida todos los hombres; que cualquiera que bebe en él vivirá eternamente, y que cualquiera que se separe de él, rechazando á la Iglesia y á Cristo, perecerá eternamente. Hé aquí la doctrina católica, lo que dicen hoy y ayer, en el Norte y en el Mediodía, en Oriente y en Occidente, sus papas, sus obispos, sus doctores, sus sacerdotes, sus fieles, sus neófitos: ideas fundamentales á la par que inmutables, porque deciden de toda la direccion activa de las inteligencias que las profesan. Encontradme ahora un eclipse en esta inmutabilidad; halladme una página católica en que se niegue en todo ó en parte este dogma; halladme un hombre que, habiéndose desviado de él, no haya sido al instante lanzado de la Iglesia, aunque hubiera sido el mas elocuente de sus oradores, como Tertuliano, ó el mas elevado de sus obispos, como Nestorio, ó el mas poderoso de los emperadores, como Constancio y



Valente. Halladme un hombre á quien haya servido la púrpura, ó el genio, ó la santidad contra los anatemas de la Iglesia, una vez que haya tocado con la herejía á la túnica inconsútil de Cristo!

Ciertamente que no ha faltado el deseo de cogernos ó de hacernos caer en falta contra la inmutabilidad. Porque, ¡qué otro privilegio hay tan pesado para todos los que no lo tienen, como una doctrina inmutable, cuando todo cambia en el mundo! ¡una doctrina que tienen en sus manos los hombres, que guardan unos pobres ancianos en el lugar que se llama Vaticano, bajo la llave de su gabinete, y que sin otra defensa resiste al curso del tiempo, á los sueños de los sabios, á los planes de los reyes, á la caída de los imperios, siempre una, siempre constante, idéntica en sí misma! ¡Qué prodigio que desmentir! ¡Qué acusación á que imponer silencio! Así es que todos los siglos, zelosos de una gloria que desdeña la suya, han intentado hacerlo. Han venido alternativamente á la puerta del Vaticano, han llamado con el coturno ó con la bota; y ha salido la doctrina bajo la forma frágil y usada de un septuagenario, y ha dicho:

« ¿Qué me queréis? — Cambio. — Yo no cambio. — Pues todo ha cambiado en el mundo; la astronomía ha cambiado; la química ha cambiado; ¿la filosofía ha cambiado; el imperio ha cambiado; ¿porqué vos sois siempre la misma? — Porque provengo de Dios, y Dios es siempre el mismo. — Pero sabed que nosotros somos los dueños, que tenemos un millon de hombres sobre las armas, que sacamos la espada; la espada que derriba los tronos, podrá cortar bien la cabeza de un anciano y desgarrar las hojas de un libro. — Hacedlo pues, la sangre es el arma con que me he rejuvenecido siempre. — Pues bien, hé aquí la mitad de mi púrpura, concede un sacrificio á la paz, y partámos. — Guarda tu púrpura, ó César, mañana te enterrarán con ella, y nosotros cantaremos sobre tí el *Alleluia* y el *De profundis*, que no cambian jamás.

Apelo á vuestros recuerdos, Señores; ¿no son estos los hechos? Aun hoy día, despues de tantos ensayos infructuosos para obtener de nosotros la mutilación del dogma público que hace nuestra unidad, ¿qué es lo que se nos dice? ¿Qué es lo que no cesan de echarnos en cara todos los periódicos espirituales y no espirituales que se imprimen en Europa? « ¡No cambiaréis jamás, raza de granito, no haréis jamás algunas concesiones á la union y á la paz! ¿No podeis sacrificarnos algo, por ejemplo, la eternidad de las penas, el sacramento de la Eucaristía, la divinidad de Jesucristo? ¿ó bien el papado,

solamente el papado? ¡Dorad por lo menos el remate de ese patíbulo á que llamais cruz? » Así dicen: La cruz los mira, se sonrie, llora y les espera: *Stat cruz dum volvitur orbis*. ¿Cómo hemos de cambiar? La inmutabilidad es la raíz sagrada de la unidad; ella es nuestra corona, el hecho imposible de explicar, imposible de destruir; la perla que es preciso comprar á todo precio, sin la cual nada es mas que sombra y tránsito, por la cual el tiempo toca á la eternidad. Ni la vida ni la muerte la quitarán de mis manos; imperios de este mundo, ¡tomad vuestro partido! *Stat cruz dum volvitur orbis*.

No nos vanagloriemos aun tanto, Señores, queda una dificultad. ¡En buen hora! se dice, sois inmutables, pero lo sois con una inmutabilidad autocrática, con una inmutabilidad á lo brama, á lo mahometano, á lo pagano; ¡hé aquí de lo que os jactais! El brama es inmutable, el mahometano lo mismo, y el pagano lo ha sido. ¿Qué ventajas tenéis sobre ellos? Lo que tenemos mas que ellos es que aceptamos libremente por un acto de la inteligencia el dogma público que constituye nuestra unidad. No somos los hijos de la violencia, del temor, ni de ninguna servidumbre. Ved en primer lugar cómo hemos nacido. Si mi memoria no me es infiel, no hemos nacido bajo este escabel que se llama un trono; no nos hemos despertado un día bajo la túnica de los pretorianos, al pié del Palatino. Estábamos, sí, bajo el Palatino, pero en sus cavernas, en las Catacumbas. Allí estábamos, llevados en batida como bestias salvajes del uno al otro cabo del mundo, y hé aquí cómo hacíamos prosélitos á nuestra fe. Llegó un hombre de no sé dónde, con un lenguaje extranjero; entró en una gran ciudad, se presentó en una tienda, se sentó para que le compusiesen su calzado, y mientras que el artesano trabajaba en esta obra vil, el extranjero abría sus labios, y anunciaba al artesano que habia venido un Dios á traer á la tierra una doctrina de sufrimiento y de crucifixion voluntaria, una doctrina que humillaba el orgullo y que castigaba los sentidos. « Compañero, le decia, deja tu taller y ven con nosotros; tenemos á los Césares contra nosotros, se nos mata á millares, pero tenemos cuevas subterráneas donde hallarás un lecho, un altar y un sepulcro. Allí dormimos, allí oramos, allí cantamos, allí morimos, y despues se nos mete entre tres tablas, en la roca, y esperamos el día de la resurrección, en que nuestros restos aparecerán en honor y en gloria. Compañero, descende con nosotros á las Catacumbas, ¡ven á aprender á vivir y á morir! » El artesano se levantaba, bajaba á



las Catacumbas y no salía mas de ellas, porque había encontrado bajo tierra la luz y el amor.

¿Es esta una conquista hecha por via de autoocracia? ¡Ah! cuando Constantino, despues de tres siglos de torturas, vió el *Labarum* desde lo alto del *Monte Mario*, era la sangre de los cristianos que había germinado en la sombra, que había subido como un rocío hasta el cielo, y que se desplegaba allí bajo la forma de la cruz triunfante. Nuestra libertad pública era el fruto de una libertad moral sin ejemplo. Nuestra entrada en el foro de los príncipes era el fruto de un imperio que habíamos ejercido sobre nosotros mismos hasta la muerte. Se podía reinar despues de semejante aprendizaje de mando; se podía cubrir la doctrina de púrpura despues de tanta sangre como había llevado. Por otra parte el reinado no fué largo, suponiendo que se puede dar este nombre al tiempo que transcurrió entre Constantino y los Bárbaros, tiempo tan lleno de combates, en que la doctrina católica no abandonó jamás un solo día la pluma y la palabra. Vinieron pues los Bárbaros, y con ellos una nueva sociedad que convertir. ¿Lo fué por via de autoocracia? S. Remigio, sin duda decia á Clóvis: « ¡Inclina la cabeza! » Pero ¿quién era el cordero, el guerrero ó el obispo? ¿Cuál era el cordero, Clotilde ó Clodoveo?

Es verdad que en la edad média pareció revestirse la doctrina católica con las apariencias de la autoocracia. Digo con las apariencias, porque había hecho sus pruebas; podía creerse con derecho de proteger la unidad intelectual por el concurso de la unidad civil, y además, no cesó jamás de escribir y de hablar, y de tener enemigos poderosos hasta bajo la corona del imperio. S. Anselmo, Sto. Tomás, S. Buenaventura explicaban y defendian entonces el dogma público del catolicismo. No había, pues, conspiracion para extinguir la luz y sofocar la libertad de la eleccion moral. Por otra parte este segundo reinado fué tambien corto: levantóse bien pronto el siglo XVII, y despues de él el siglo XVIII. Ya sabeis lo demás: toda la tierra conjurada contra la libertad de la doctrina católica, sus bienes espoliados, sus sacerdotes maltratados, su autoridad civil aniquilada por todas partes, una guerra á muerte declarada por las ciencias, las letras y las artes. Y no obstante, ella vive, se sostiene, gana almas, mantiene con el mismo corazon y el mismo resultado la inmutabilidad de un dogma público. Digo que es un dogma público, porque, como ya lo habeis observado, no es patrimonio de una clase sola de hombres;

llama á él todos los elementos vivos de la humanidad. No es distinta la fe del pobre de la del sabio. Todos creen y ruegan al mismo Dios, con la misma obligacion de humillar su orgullo y de conocer su nada. La ciencia y la ignorancia llegan á ser en la comun luz matices imperceptibles que colocarán la unidad sin corromperla y hacen mas sensible su inalterable esplendor.

Reasumiendo, Señores, no hay mas sociedad verdadera que la de los entendimientos, y esta sociedad no se halla constituida sino por ideas comunes, fundamentales, inmutables, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. Estrechado el hombre por la necesidad de esta unidad de entendimientos, ha tentado muchas vias para establecerla. Con este objeto ha creado la filosofía racionalista, la filosofía auténtica, la filosofía herética, tres tentativas fundadas en diversos procedimientos, llenando las tres el mundo con sus esfuerzos, las tres impotentes para organizar la república de los entendimientos. Solo ha podido conseguirlo la doctrina católica. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa de su buen éxito? ¿Cuál es la razon que la ha hecho triunfar allí en donde todas las otras doctrinas han naufragado? Debemos explicároslo, Señores; tiempo será de sacar las consecuencias de todo lo que acabais de oír, consecuencias que sin duda deseais saber, y que serán mas fuertes por vuestra paciencia en no exigirnoslas hoy.